

DE LA CONQUISTA A LA CRISIS DE 1820
(HISTORIA DE LA PROVINCIA
DE BUENOS AIRES, TOMO 2)

de Raúl Fradkin (dir.),
Edhasa y Unipe, Buenos Aires, 2012.

SERGIO BLOGNA TISTUZZA
Universidad Nacional de Tres de Febrero

De la conquista a la crisis de 1820, dirigido por Raúl Fradkin, es el segundo de los seis volúmenes de la colección de *Historia de la Provincia de Buenos Aires*, que abordan la historia de esa provincia en sus aspectos sociales, económicos, políticos y culturales, desde los tiempos coloniales hasta el presente.

Escrito de una forma sencilla, para un público amplio, este segundo volumen recorre casi tres siglos de historia: desde que España inicia la Conquista hasta la crisis de 1820. Cada uno de los once capítulos en los que se organiza el texto aborda un tema específico; la ciudad, las ideas, la religión, la política, las milicias, etc. Los primeros siete capítulos que integran la primera parte de la obra, se ocupan de «las visiones de largo plazo», entre los siglos XVI al XIX. Los cuatro capítulos restantes, que dan forma a la segunda parte del libro, se dedican al intenso período entre 1776 y 1820.

En el capítulo primero, Juan Carlos Garavaglia introduce, de forma general, todos los procesos históricos que fueron

convirtiendo la pequeña ciudad en una provincia, poniendo especial énfasis en el entramado de relaciones sociales que constituyeron la sociedad bonaerense. Es destacable cómo el autor logra con claridad explicar la importancia del rol que cumplieron los curas católicos en el proceso de ocupación de nuevos territorios. Como nuevos agentes de «pacificación y mediación» de la vida en sociedad, no sólo desempeñaron un papel central en casi «todos los actos «públicos» que ritmaban la vida de cualquier súbdito» (p. 41), en referencia al nacimiento, el casamiento y la muerte, sino que, además, ejercían el rol de mediadores en los conflictos de la vida social.

El capítulo dos, a cargo de Darío Barrera, presenta la historia de la territorialidad de Buenos Aires. Analizando el significado del término «provincia», explica como éste fue utilizado como sinónimo de gobernación, y ya en la Real Ordenanza de Intendentes de 1782, como designación intercambiable con la de «gobernación intendencia». El proceso de provincialización –concluye el autor en el

epílogo— se explica por las transformaciones que experimentó la ciudad en la espacialización de sus entornos inmediatos, en la manera en que resolvió su comunicación política con otras unidades territoriales como cabeza de gobierno, y sobre todo, en el espacio que diseñaron las relaciones sociales y las instituciones (religiosas, militares, políticas y judiciales).

En el capítulo tercero, Jorge Gelman, reconstruye, sintéticamente, el proceso de construcción de la economía regional entre 1580 y 1820 y sus potencialidades. Un punto muy interesante, a destacar de este trabajo, es su análisis sobre la situación comercial porteña a comienzos de la primera década del siglo XIX. Por un lado, se produce una crisis del comercio en el llamado «espacio peruano», por la ruptura de la unidad política del mundo colonial hispánico y la crisis prolongada de la minería de plata altopezuana. Por otro lado, con la crisis revolucionaria, se inició un brusco descenso de producción metalífera. Estos dos fenómenos socavaron el sistema de intercambios que había sido central para las economías rioplatenses, cuyo control lo ejercían las elites porteñas desde el Virreinato (p. 116). Con la Revolución Industrial del Atlántico norte y la baja de costos del transporte marítimo, la región vio las puertas de la exportación de alimentos. En este contexto, explica el autor de «Rosas bajo fuego», Buenos Aires decide reorientar su economía hacia el agro (p. 118).

En el capítulo cuarto, nos encontramos con un trabajo complementario al anterior, escrito por Fernando Jumar. Éste se dedica, puntualmente, a estudiar la ciudad-puerto como polo constructor de un complejo portuario más amplio que la propia Buenos Aires, que incluye las ciudades de Rosario, Concepción en Entre Ríos, Chascomús, Montevideo y Río Grande de San Pedro, entre otras.

En el capítulo quinto, Sara Ortelli aborda las articulaciones entre la sociedad y las sociedades indígenas, que habían sido ignoradas por la historiografía hasta fines de la década de 1960. Lejos de ser un «actor pasivo», las sociedades indígenas —dice la autora— construyeron una relación comercial muy rentable con los porteños, que incluso fue «alentada, por razones políticas, desde el mismo Estado colonial, en tanto muchos funcionarios ilustrados propusieron desplegar una estrategia de creación de necesidades» (p. 179) a satisfacer con productos europeos para mantener la paz.

María Elena Barral, en el capítulo sexto, reconstruye la incidencia de la Iglesia Católica en la sociedad y las formas sociales que adoptó la religiosidad. Si bien se indaga sobre los diversos procesos que atraviesa esta institución, antes y después de 1810, consideramos importante resaltar dos de ellos: las reformas eclesiásticas realizadas por los Borbones y el accionar de los agentes eclesiásticos en la Revolución.

En el primero de ellos, la autora logra dimensionar el profundo impacto que ocasionó la expulsión de los jesuitas en la región, produciendo motines y levantamientos. En el segundo de ellos, Barral encuentra divergencia en el accionar de la jerarquía eclesiástica y el clero. Mientras que los obispos, en su gran mayoría, tuvieron posiciones adversas al «nuevo orden», el clero se movilizó y «participó de distintas maneras en las instancias más decisivas de estos años» (p. 207).

En el último capítulo de la primera parte de la obra, José Luis Moreno analiza los modos que adoptó la vida familiar, así como las relaciones de género, clase y raza. Describe los contrastes entre la elite y los sectores populares (mientras que las elites establecieron estrategias matrimoniales para acrecentar su poder, las familias pobres estaban ocupadas en su supervivencia), y entre las familias de la ciudad y la campaña (en esta última las uniones de hecho crecían en paralelo a los matrimonios).

En el capítulo octavo, Raúl Fradkin busca rastrear la incidencia de la guerra y de la movilización social para la guerra en la construcción de esta sociedad, de su territorialidad, de sus relaciones sociales, sus dispositivos de poder y sus formas de identidad colectiva. Para ello, analiza el período en cuatro fases: la primera, desde 1580 a 1640, en la que se configura un enclave mercantil y militar; la segunda, desde 1640 a 1777, en donde las necesida-

des defensivas exigen incorporar cuerpos milicianos de «mulatos», «negros» y «vecinos», y luego, organizar milicias guaraníes; la tercera, desde 1777 a 1805, en donde la creación del Virreinato y la instauración del régimen de intendencias transforma la estructura de poder militar; y la cuarta y última, desde 1806 a 1820, en donde las necesidades de repeler las resistencias a la Revolución modifican el rol y la organización de los cuerpos milicianos.

Gabriel Di Meglio, en el noveno capítulo, analiza el dinamismo de la vida social urbana, combinando las perspectivas de historia social y de la historia política, con el objetivo de visualizar la conflictividad entre la elite, los sectores intermedios y el bajo pueblo. En este capítulo, es muy interesante cómo el autor da cuenta del desmoronamiento de la estructura social que se produjo a partir de la Revolución. La apertura al librecambio desplazó a los comerciantes monopolistas y dio lugar a que los británicos tomen el control inmediato del comercio ultramarino. Los grandes burócratas fueron removidos de sus posiciones y reemplazados por miembros de la elite local, quienes, con el transcurso del tiempo, fueron formando una nueva clase política. Asimismo, el proceso de militarización, que comenzó con las invasiones inglesas, fue afianzando a la oficialidad como un nuevo estamento de la sociedad.

Noemí Goldman, explora, en el capítulo décimo, la vida intelectual de la

ciudad, sus modos de producción y sus transformaciones, para poder comprender la constitución de una elite letrada. La autora pone especial atención en las transformaciones producidas por la monarquía ilustrada de los Borbones, que no sólo permitieron la aparición de los primeros periódicos, sino que, además, abrieron la puerta para transformar la concepción de «público»: de entenderse como sinónimo de «república» o «vecinos», a partir de 1810 se lo comenzó a relacionar con soberanía y «opinión pública», como fuentes de legitimación de los actos de las autoridades.

En el último capítulo, Fabián Herrero presenta las diferentes etapas en que fue cambiando la vida política colonial durante el proceso revolucionario: 1776-1805, 1806-1809 y 1810-1820. En el primer período, el autor pone especial énfasis en la tensión institucional que se vivía en la ciudad, destacando un episodio conspirativo de franceses y negros esclavos en 1795. La

segunda etapa, marcada por las invasiones inglesas, se caracterizó por un rol protagónico del Cabildo y de nuevos liderazgos de poder, sobre todo en el campo militar. En el período revolucionario, el autor de «Movimientos de Pueblo» estudia los flujos de poder entre los distintos sectores políticos, destacando la preeminencia de los centralistas, pero rescatando el rol de los federales y de su proyecto político alternativo, la confederación.

Para concluir, queremos destacar que esta colección, con su propuesta integral, promete y logra, una renovación historiográfica, que no se produce desde el clásico trabajo de Ricardo Levene sobre la *Historia de la provincia de Buenos Aires y formación de sus pueblos*, de 1941. Este volumen, en particular, hace un gran aporte en ese camino, no sólo por la consistencia de cada uno de sus capítulos, sino, además, por las nuevas perspectivas con que se abordan los problemas en el período trabajado.